

Christiana Borchart de Moreno: *Retos de la vida. Mujeres quiteñas entre el Antiguo Régimen y la Independencia. Biografías, 12.* Quito : Banco Central del Ecuador, 2010. 266 pp.; ISBN 9978724893.

“... que para adelantar sus intereses jamás ha necesitado de sus maridos”: Esta afirmación, que podría referirse a una mujer de la actualidad, fue pronunciada por un testigo a mediados del siglo XVIII, con respecto a Victorina Losa, una comerciante de Quito, que había solicitado ante las autoridades el derecho de realizar compras y ventas y otros trámites de forma independiente.

Tanto en la historia como en la etnografía, el método biográfico enriquece, a través de la recolección de historias de vida de individuos particulares, la perspectiva de una sociedad y una época determinada. El historiador depende de la calidad de las fuentes que tiene a su disposición, pero en parte también del tiempo dedicado a esta tarea. A partir de varias décadas de investigación en distintos archivos (Archivo Nacional de Historia, Archivos del Municipio y del Arzobispado y archivos parroquiales, de Quito) y basándose en escritos notariales y judiciales, además de testamentos, la monografía de Borchart de Moreno cierra parcialmente un vacío en cuanto a dos mujeres quiteñas del siglo XVIII y principios del XIX.

Original es ya el hecho de que ambas procedan de un sector social generalmente tenido poco en cuenta en la historiografía: según la autora (p. 22), existe una tendencia a privilegiar dos sectores de la sociedad: la elite y las clases populares, mientras que el segmento intermedio, lo que hoy se llama “clase media” no llamó especialmente la atención. A ella pertenecen las dos mujeres que trata, que llevaron una vida solitaria durante décadas, y no tuvieron hijos.

Victorina Losa (nacida en la década de 1720 y fallecida en 1805), viuda de sus dos primeros maridos y separada del tercero, logra instalarse a lo largo de su vida exitosamente como comerciante de largas distancias. Mujeres comerciantes necesitaban de los hombres para ampliar su radio de comercialización, ya que no podían hacer viajes de negocios. Su primer marido fue un mercader, nacido en Galicia, que realizaba viajes de comercio a Guayaquil y Panamá, entre otros lugares. De Quito se llevaban sobre todo telas tejidas en lana por indígenas o, en algún caso, un alba primorosamente bordada. De regreso se traían, además de telas europeas, hilos importados desde Panamá o Cartagena, de los cuales el que alcanzaba precios más altos era el procedente de Flandes.

Al enviudar, Victorina casa en segundas nupcias con un comerciante de Popayán. La ausencia de su marido durante largas temporadas la llevan a hacer los trámites necesarios que le darán independencia en decisiones de compras ventas y otros

trámites - en esta circunstancia es pronunciada la frase que inicia este comentario. Victorina aparece en los documentos también como compradora de una propiedad rural y una finca cercanas a Quito.

La perspicacia y constancia de Victorina como comerciante se desprende de los bienes declarados en el momento de su segundo casamiento: cuando se casó por primera vez estos ascendían a 1.500 pesos (alhajas, mantillas, ropa, alfombras, cortinas); tres décadas más tarde tasa sus bienes en 47.000 pesos, es decir, que durante este lapso había aumentado su patrimonio económico en más de un 300%.

Su tercer matrimonio no está bajo un buen signo: compra una finca que entrega a su marido para administrar (Borchart de Moreno deduce que esto se debió posiblemente a un intento de alejarlo de Quito, donde había formado una segunda familia, y tenía dos hijas), en 1796, Victorina lo denuncia por concubinato, causa por la cual éste es encarcelado varios días. Es de señalar el hecho, poco conocido más allá del círculo de especialistas, que un concubinato comprobado permitía pedir el divorcio, que era autorizado por el juzgado eclesiástico. Si bien Victorina no solicita el divorcio; vive separada a partir de este suceso, al cual se suceden demandas judiciales mutuas entre los ex-cónyuges.

Hasta el final de su vida, Victorina Losa sigue activa en el comercio de larga distancia, enviando a través de socios ropa a Pasto, Popayán etc. Del análisis de su testamento, Borchart de Moreno deduce de su modesto vestuario que Victorina llevaba una vida sin grandes lujos ni vida social; en cambio, poseía joyas de alto valor, que seguramente compraba como inversión y que deja como legado a la Iglesia. La lista de sus bienes muestra un notable aumento de su fortuna en más de 60 años de constante trabajo. En su testamento deja también un pequeño legado a dos esclavas, otorgándoles la libertad.

La segunda parte de la monografía se centra en María Ontaneda (1772 - 1834), que presenta problemas para su identificación segura, ya que hay otra mujer de nombre similar, que es mencionada por Alexander von Humboldt. También en este caso, Borchart de Moreno sigue la pista de esta vida desde sus comienzos. Huérfana desde pequeña, vive con su abuelo, quien la mimó y le deja como herencia su casa y su hacienda. En 1787, a los 15 años, ya estaba casada. Sin embargo, nunca aceptó vivir con su marido, lo que muestra nuevamente la independencia de la que podía gozar, si se lo proponía, una mujer en esa época.

Nacida medio siglo después de Victorina, María Ontaneda se halla inmersa en circunstancias históricas diferentes; participa en las luchas intestinas que darán lugar a la independencia, del lado de los criollos y en contra de los realistas. En 1810, en el asalto a la casa de un partidario del Rey, no logra escapar de las autoridades debido a

un accidente de su caballo, y es apresada e internada varios meses en un monasterio. La continuación de su actividad en contra de los realistas lleva a las autoridades a confiscarle su hacienda y su casa. Aunque más tarde las recupera, tiene deudas que no puede pagar, por lo cual su casa es rematada públicamente en 1820. A fin de obtener ingresos adicionales, intenta otros negocios, que resultan un fracaso, como por ejemplo la compra de varios esclavos, que estaban enfermos. A partir de entonces no existen documentos sobre ella, por lo cual Borchart de Moreno deduce que no condujo más una vida pública y que posiblemente vivió retirada en su hacienda. En 1834, poco antes de morir en soledad en el hospicio de Quito, redacta un testamento de sus escasos bienes.

Resultado de una minuciosa investigación en archivos ecuatorianos, esta monografía, presentada en una cuidadosa edición del Banco Central del Ecuador, se suma a numerosas contribuciones de Christiana Borchart de Moreno sobre temas de la historia sociopolítica y económica de la Audiencia de Quito. Más allá del ejemplo concreto de los destinos individuales de las dos protagonistas, el libro ofrece un rico material para una historia económica de Quito y regiones circundantes en esa época: por ejemplo el monto de las dotes, en qué consistían éstas, y ejemplos de gastos hechos para funerales y entierros. En todos los casos, la autora señala las diferencias existentes entre las clases más pudientes y las más humildes, con lo cual permite una mirada en la estratificación social existente en esa época en Quito. La monografía de Christiana Borchart de Moreno es una valiosa contribución a los estudios biográficos, a los estudios de género y a una época determinada de las circunstancias históricas y sociales vigentes en Quito en el siglo XVIII y principios del XIX, además de un ejemplo luminoso de la riqueza de información que es posible obtener de pacientes y profundas investigaciones.

María Susana Cipolletti

